

Diógenes

## Noticario

«CARLOS V EN YUSTE».—«CASTILLA».

Personalidad señera y de abolengo la de Augusto D'Halmar en el panorama intelectual chileno. No se le puede hacer sitio en ninguno de los grupos literarios de escuelas tradicionales en nuestro país. No es costumbrista ni ha realizado ensayos rebeldes y atrevidos que pudieran definirlo en orientaciones modernistas.

Literariamente, como autor, indiferente a lo vernáculo, sus impulsos han ido hacia las lejanías de donde surge cualquier país, realidad o sueño y posee riqueza interior de elementos para crear mundos propios en ingrátido apoyo sobre lo circundante. Es el artista puro, libre de toda otra finalidad que no sea el dejar fluir su verbo que lo enamora y atrae con justificado narcisismo.

Príncipe del estilo lo ha llamado alguien (o hemos tenido el título incubado hace tiempo para él; no sé) y está bien. Rey es un individuo solicitado por múltiples panoramas expuestos a su consideración y estudio. Es el hombre que en realidad o apariencia, debe inclinarse desde su sitio hacia los demás y debe preocuparse de guardar una actitud digna y convincente destinada a la historia. Príncipe es el joven a quien la realidad no inquieta y a quien le es permitido internarse en sus preferencias

y sus sueños y permanecer en ellos gozando plenamente los privilegios de su alcurnia y personificando la rancia nobleza de una estirpe.

Estas son, cuando más, diferencias tradicionales, legendarias, pero que cuadran bien, en el dominio estético, al título de príncipe. Hamlet pudo enfrentarse con morboso ardor a su enigma dominante, con libertad espiritual de príncipe.

El casticismo acrislado y flexible de D'Halmar en el estilo no podía servir de ropaje sino a un mundo con cierto prestigio de leyenda, histórico o creado. La distancia a través de mares y los siglos en la perspectiva del tiempo, dan a las escenas esa nobleza de lo pretérito, que puede revestir de pátina aún lo mediocre y lo vulgar, en consideración a lo definitiva e irrevocablemente ido.

Es por esto que el tema de estructura dramática histórica, ora destacando personajes o creándolos con perspectiva de tiempo, armoniza como ningún otro, con un estilo de giros holgados y magníficos, de prestancia clásica. Es el caso de «La gloria de don Ramiro», de Enrique Larreta y de «Carlos V en Yuste», de D'Halmar.

Una permanencia relativamente prolongada en las proximidades del monasterio de Yuste, ha contribuido en consuno con la intensa vibración que produce España en el temperamento de este escritor, ha producir esa simbiosis admirable entre su estilo de sobria elegancia y una figura histórica en su ocaso místico, suntuoso y retirado.

D'Halmar, como Valle Inclán, se mueve con soltura de innato señorío, entre tapicerías, pesados cortinones, condensación de noches espesas, joyas antiguas, oros declinantes y maduros y rituales cortesanos. Y como en Valle Inclán, el estilo cincelado, de perfiles purísimos, se enfría hasta una sutil, diáfana, imperceptible ironía.

Pero el amor a España y a lo español, en cuanto a carácter humano, de rasgos a trazos violentos y roqueños, tempera la

prosa de D'Halmar, con cierta unción levemente desnudada de vez en cuando, como en la descripción de la muerte de Carlos V, de sobriedad elegantísima y de emoción que apenas se insinúa pero que permanece vibrando como la música en el silencio inmediato que la precede.

Castilla ha tentado la maestría descriptiva de ilustres plumas españolas: Azorín, Ortega y Gasset entre otros y ahora D'Halmar.

La tentación parece surgir, de la riqueza de color, del espíritu de la vetustez del prestigio histórico y de las fisonomías graves de las ciudades castellanas, que continúan inalterables hablando al hombre español y americano, de todo la intensa, soberbia y pujante que puede ser la vida del espíritu, cuando se ha forjado una meta ideal.

Es artística, particularmente, la descripción de Castilla por D'Halmar. No posee el ritmo duro de la de Ortega y Gasset que interpreta el carácter del hombre de Castilla y del alma castellana, en lo que de más entrañable y categórico tiene.

Enamorado de las líneas del color y del sabor cargado de siglos, el escritor chileno, deambula sin prisa, señalando la belleza y destacando su prosapia, como valoración a la cual se atiende. No alimenta conceptos de raza con lo que ve. Se limita a describir, con amor contenido hacia España, y con misticismo de artista, las reliquias de esta tierra sagrada del arte, de la historia y del espíritu latino.

«Carlos V en Yuste» significa la confirmación del pie de igualdad en que la literatura de nuestro país se encuentra, respecto a las más exquisitas producciones literarias de habla hispana.

«SANGRE CRIOLLA».

Diez cuentos de diversos ambientes nacionales, forman la obra. La sangre criolla que circula a lo largo, a lo ancho y en las entrañas de Chile, determinando su posición en el conjunto